

so, a su son y su melodía, está la limpidez de las imágenes, su novedad y su frescura; está la profundidad de muchos conceptos y, sobre todo, la fluencia con que la palabra musicalizada cae en el espíritu del lector y le conmueve.—*Agustín Billa Garrido.*

https://doi.org/10.29393/At343-344-20LPMM10020

“LA LITERATURA PERUANA. DERROTERO PARA UNA HISTORIA ESPIRITUAL DEL PERÚ”, de *Luis-Alberto Sánchez*. Editorial Guaranía, 6 tomos

En estos seis tomos Luis-Alberto Sánchez refunde y amplía sus trabajos anteriores aparecidos en 1928, 1936 y 1948. Se trata de una versión totalmente nueva escrita de acuerdo con los actuales puntos de vista del autor sobre la cultura peruana, amén de sus constantes pesquisas bibliográficas y las contribuciones de otros investigadores aparecidas durante los 25 años de continua elaboración y reelaboración de su obra.

Dos son los propósitos que animan al autor: relacionar la historia literaria con la vida cultural entera del Perú y hacer más bien *historia* que *erudición*. Siguiendo este plan dedica el primer tomo al estudio del protagonista de la historia y literatura peruanas, al escenario en que éstas se desarrollan, al análisis de las fuentes bibliográficas, a la presentación panorámica de la cultura aborígen en sus manifestaciones no escritas y, finalmente, incluye un sustancioso estudio sobre la imitación en la literatura peruana, que ya antes había sido desarrollado fragmentariamente por José de la Riva Agüero en su *Carácter de la literatura en el Perú independiente* (Lima, 1905).

De la obra de los cronistas del siglo XVI, Luis-Alberto Sánchez ha hecho un detenido estudio en todos sus aspectos: tendencias popular y cortesana, perfil psicológico de los autores, fuentes, estilo. Mención especial merece el acertado análisis de los escritos del Inca Garcilaso de la Vega, que avanza con mucho sobre las referen-

cias que era común hacer sobre este escritor. Pero por lo mismo que se trata de un estudio que aspira a ser exhaustivo, creemos que no han debido omitirse, en la bibliografía, los muy meditados ensayos de José Durand aparecidos en la "Nueva Revista de Filología hispánica": *Dos notas sobre el Inca Garcilaso y Cuadernos Americanos* (*). Sin embargo, vale repetir que por su penetración psicológica y el suministro de datos totalmente inéditos, el estudio de Sánchez es uno de los más concienzudos de la obra.

El tomo tercero está dedicado al panorama espiritual del Perú durante el siglo XVII. Ante todo anota las características del sistema político imperante en las colonias españolas: monopolistas en lo comercial, feudal en lo administrativo, racista en lo social, intolerante en lo religioso. En cuanto a lo literario, se refiere a la influencia casi exclusiva que ejerció Góngora. Sin embargo, en seguida asevera que América fué barroca desde el nacimiento de las culturas prehispánicas, y por lo tanto esta tendencia no puede ser imputada, como se estila, a causas exógenas, ni mucho menos a la acción de un solo escritor. Participando de esta característica de extremado amaneramiento en la forma, menciona a El Lunarejo, Pedro de Peralta y Barnuevo, Pedro José Bermúdez de la Torre, Antonio de León Pinelo, el Padre Calancha y Juan de Meléndez. Luego inicia el estudio de los teólogos Pérez de Menacho, Nicolás de Olea, Alonso de Peñafiel, Cristóbal de Cuba y Arce, Diego de Avendaño y otros. Pero aunque dedica a este empeño casi todo un capítulo, conceptuamos que no llega a un feliz cumplimiento de su propósito, que en el futuro estará reservado a los especialistas en la historia de las ideas filosóficas del Perú colonial.

El iluminismo y la afirmación nacional es el título del tomo siguiente. Aquí se refiere a la labor educativa de Rodríguez de Mendoza y José Baquíjano y Carrillo y dedica nutridas páginas a Hipólito Unánue, al padre Diego Cisneros, a Pablo de Olavide y a

(*) *Dos notas sobre el Inca Garcilaso*, N.º 3, 1949.

"El Inca Garcilaso, historiador apasionado", *Cuadernos Americanos*, 1949, tomo IV.

todos los colaboradores del *Mercurio Peruano*, que encendieron la chispa de la insurrección cultural a pesar de la tenaz oposición de los inquisidores. Completa su estudio de esta época con un extenso análisis de la etapa prerromántica cuyo mayor representante fué don Mariano Melgar, creador de los *yaravíes*. Es de notar que Luis-Alberto Sánchez considera el romanticismo al igual que el barroquismo como orgánicamente americano. Por último, con la mención del costumbrismo de Larriva, Pardo y Aliaga y Segura termina este capítulo.

Tras de un detenido examen de los primeros años de vida independiente el autor emprende a continuación el estudio de los liberales Vigil, Mariátegui, Lazo, Lorente, los Gálvez y otros. También trata de Bartolomé Herrera y el conservatismo, de gran influjo en la política y enseñanza de entonces. Hubiera sido de desear un mayor estudio de las controversias ideológicas de estos dos sectores de opinión que agitaron la vida intelectual y universitaria de la segunda mitad del siglo XIX. Igual reparo debemos de hacer en cuanto a la omisión de las primeras noticias de la escuela positivista en el Perú. El conocimiento de esta doctrina data de 1853 (*Curso elemental de Filosofía*, por Sebastián Lorente) y se menciona de soslayo en el primer editorial de la *Revista de Lima*, de 1860, aunque sólo en 1871 aparece su más cumplido divulgador con Juan Federico Elmore, que en esa fecha, en ceremonia solemne de San Marcos, elogia sin restricciones el comtismo.

El último volumen está dedicado a los románticos, naturalistas, ideólogos y modernistas. Los más destacados son desde luego Ricardo Palma y Manuel González Prada. Sobre el primero ofrece un estudio muy rico en detalles e interpretación que junto con los ensayos de Riva Agüero, Porras y los últimos de Tomás Acosta, ha de ser de obligada consulta sobre el tema. En lo que atañe a González Prada, dada la singular versación del autor sobre dicho personaje, ofrece una de las contribuciones más originales y completas acerca del ideólogo del radicalismo peruano. Finalmente desfilan otros escritores en esta última parte de su investigación: Ja-

vier Prado, Alejandro Deústua, Mariano H. Cornejo, Felipe Barreda Laos, José de la Riva Agüero, presentados todos ellos, a semejanza de los autores antes citados, con considerable acopio de datos.

Después de la lectura de estos seis volúmenes, nadie podrá dejar de reconocerlos como lo más completo, serio y profundo que se ha escrito en los últimos años acerca de la cultura peruana.—
Manuel Mejías Valera.

■

“RETORNO”, de *Manuel de Castro*. Ediciones Salamanca, Montevideo, 1951

Manuel de Castro es un poeta vastamente conocido en los círculos literarios uruguayos y si no lo es del mismo modo en los de Chile, se debe únicamente a la vida literaria isleña que se hace entre la mayoría de los países americanos —con las honrosas excepciones de Venezuela y Colombia, a través de los desvelos editoriales de sus respectivos Ministerios de Educación—, para mal del conocimiento que debería existir del desarrollo cultural y artístico de cada nación.

Por ello también sólo llegamos a apreciar —si no somos incansables en el hurgar de revistas y publicaciones— a aquellos que sobresalen y que representan únicamente el estrato superior de los consagrados.

Manuel de Castro ha obtenido con *Retorno* el Premio de Poesía del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay. Antes de publicar tal obra, ha escrito: *Lámpara* (1941), *Meridión* (1946) y *Pregón a Manolete* (1950). Débensele también dos novelas: *Historia de un pequeño funcionario* (1930) y *El padre Samuel*, editada por primera vez por Ercilla (1938). Agotada dicha edición, Manuel de Castro ha tenido la gentileza de hacernos conocer la segunda: Ediciones Pauta, Montevideo, 1950.

Al leer *Retorno* nos encontramos con un poeta que acoge ri-